

*GARCIA GUTIERREZ, FERNANDO,
Japón y Occidente. Influencias recíprocas en el arte,
Ediciones Guadalquivir, S.L., Sevilla, 1990, 63 ils., 7 ideogramas, 1 mapa.*

He aquí un libro insólito y atípico en el panorama editorial hispalense. Por una parte, fruto de la inteligencia del profesor García Gutiérrez, distinguido orientalista, que desde hace veinte años se ha ocupado con entusiasmo de divulgar el arte y la cultura japonesa en Sevilla, a través de conferencias y exposiciones en distintos foros, universitarios, académicos y culturales. Por otra, producto inmejorable de la sensibilidad y buen gusto del editor Sánchez Dubé cuyas publicaciones de arte han marcado ya un hito en la historia de la tipografía sevillana.

El propósito de esta obra, como se indica en la Introducción, consiste en presentar una serie de temas en los que se destacan las inter-relaciones del arte japonés y el arte occidental, bien a través de sus propias peculiaridades artísticas, bien por medio de los efectivos contactos culturales que han existido entre ambas civilizaciones a lo largo de la historia. Para ello, el autor organiza el libro en diecinueve capítulos en los que, tras ofrecer unas características generales del arte y la estética japonesa, analiza desde la cerámica de las culturas primitivas hasta las principales tendencias de la pintura contemporánea de aquel país.

Este plan, que podría parecer ambicioso, se justifica en función de la tenaz voluntad de aproximación a la cultura nipona así como por la claridad expositiva y didáctica de García Gutiérrez, pues, evidentemente, no podremos constatar tales relaciones sin conocer, al mismo tiempo, el hilo conductor de aquellas manifestaciones artísticas.

Partiendo de la misteriosa cerámica de Jomón, la más antigua del mundo, si consideramos que es anterior a la neolítica de Anatolia, nos introduce en las pinturas murales de las tumbas del sur de Japón, de los siglos VII y VIII, dedicándose respectivamente, a continuación, un capítulo a la obra del monje budista Genshin y otro a la del monje Sesshu, de la secta Zen, tras comentar con amplitud la época de esplendor de los "E-makimono", durante los siglos XII al XIV, así como el largo período medieval en que la escultura japonesa concluye su proceso de individualización.

Si la historia de las relaciones e influencias mutuas entre el arte japonés y occidental comienzan en el siglo XVI, como afirma el autor, el lector puede preguntarse por el sentido de esta primera mitad del libro en que se tratan temas medievales. Ahora bien, esta cuestión queda zanjada cuando en la lectura de temas cuales son la concepción china y japonesa de la naturaleza del arte, la interpretación del paisaje en la pintura oriental, y las dimensiones estéticas y humanas de la cerámica japonesa, percibimos que la intención del autor ha sido introducirnos sabiamente, sin que nos demos cuenta, en la esencia del arte japonés, con objeto de alcanzar el nivel de aproximación óptimo para la comprensión del problema de las inter-influencias antes mencionadas.

En la segunda parte de la obra, contemplamos la abstracta creación de la obra pictórica de Sengai, que resultaría incomprensible si previamente no conociéramos la vertiente de simplificación estética del Zen, del mismo modo que se analizan las diversas tendencias del retrato

japonés y de las artes decorativas antes de comenzar el estudio de la introducción del arte occidental en el archipiélago nipón, ocupándose no sólo de las pinturas de tema religioso sino también de las de tema profano como los "Namban Byobu" donde puede observarse el interés del pintor hacia la llegada de la nao comercial portuguesa que anualmente visitaba el puerto de Nagasaki, acercando físicamente a los dos mundos.

En contrapartida, siguiendo el compás oscilatorio de las influencias, la pintura del "Ukiyo-e" marcará el influjo más decisivo del estilo japonés en el arte europeo, a través de los grabados que envolvían los paquetes de té exportados a Francia con motivo de la Exposición Internacional de París de 1867. Los dibujos de Hokusai interesaron a los artistas franceses y el gusto por las estampas japonesas se extendió muy pronto por toda Europa.

Monet, Manet, Gauguin y Van Gogh se sintieron especialmente atraídos por las obras del "Ukiyo-e", al mismo tiempo que el Imperio del Sol Naciente se abría a Occidente en la Era Meiji. El nuevo emperador era retratado al estilo occidental, introduciéndose nuevas tendencias realistas frente al arte tradicional japonés, que no fenecerá en el siglo XX, inclinándose lógicamente hacia el expresionismo abstracto europeo, afín a sus concepciones estéticas.

Oriente y Occidente se han aproximado y se han encontrado en nuestro tiempo sin que exista un abismo de diferencias entre un estilo artístico y otro, algo que sólo ha sido posible en el "Museo Imaginario del mundo contemporáneo gracias a la labor de artistas, críticos de arte y sabios orientalistas que –como el profesor García Gutiérrez respecto a nuestro país– han contribuido al conocimiento mutuo entre ambos mundos.

El bello libro, ilustrado con 63 láminas en color, 7 ilustraciones de caligrafía, un mapa, índices y una selecta bibliografía, constituye una elegante invitación al estudio sereno y profundo del arte y la cultura de aquel país.

Rafael COMEZ